

Canicas ruedan

Volumen III

Pedro Carbonell Castellero

Canicas ruedan

Volumen III

© 2017, Pedro Carbonell Castellero

22

Volvió Crispina. Se había repuesto de un resfriado mal curado que la tuvo más de dos semanas entre ambulatorios y hospitales. Antes de venir, nos avisó con tiempo, así que, pese a ser unos holgazanes de cuidado, nos pusimos a trabajar para que su hogar quedara decente y dejarlo tal como estaba antes de habérselo prestado.

Así lo vio ella cuando llegó; quiero decir: todo limpio y arreglado. Pero nosotros a Crispina no la reconocimos hasta que escuchamos su voz. Había llamado al timbre de la puerta y abrí yo. Vi un rostro limpio de tatuajes y por lo tanto no podía pensar que fuese nuestra amiga; además había venido sola, sin los niños.

-¿Qué desea usted? -le pregunté a la para mí en aquellos momentos desconocida, que me miraba sonriente. Al oírme hablar de “usted” a alguien, Paloma y Miquel, que estaban dentro, en el comedor, vinieron juntos al recibidor, muy cotillas ellos, para observar a la persona que estaba al otro lado de la puerta abierta.

-No compramos nada, señorita -dijo Paloma.

Miquel había marchado un momento al interior del piso y volvió con una bolsa de basura industrial repleta de mierda, la última que nos quedaba por tirar después de la limpieza a fondo; tan pesada era, que la llevaba a rastras.

-Mire, ya que ha venido usted, háganos el favor de echar esto al contenedor -dijo.

La aún desconocida para nosotros retorció sus preciosos hociquillos.

-No cambiaréis nunca, eh -dijo, y entonces la reconocimos.

-¡Crispina! -dije yo.

-Coño, si es Crispina -dijo mi hermana.

-Ya bajo yo la basura -dijo Miquel. Y salió a tirarla. Todos nos hicimos a un lado para que pudiese pasar con su gigantesca carga.

Crispina se introdujo en la casa y Paloma y yo la seguimos. Nos sentamos los tres en el sofá. Yo le pregunté que qué había sido de sus tatuajes y ella me dijo que no eran indelebles, que se quitaban con agua, pero como nunca se lavó hasta que volvió con sus padres, hasta entonces se mantuvieron intactos.

No dejaban de sorprenderme sus cambios, y la miraba alelado, pues era bellísima. Además estaba sobria y vestía muy bien, muy guapa estaba ella. A Paloma le pasaba lo mismo que a mí, y es por eso que no cesaba en sus preguntas a Crispina.

-¿Pero por qué este cambio tan repentino? -decía mi hermana-. En ropa, en estilo, en higiene...

-En realidad yo pertenezco a una familia acomodada. Si iba de ese modo por la vida era debido a la típica rebeldía juvenil.

-Pues tu rebeldía te ha condicionado la vida para siempre, al haber tenido dos niños siendo tan joven -la reprendí.

-No, para nada, los críos en realidad son sobrinos míos, hijos de mi hermana mayor.

-No lo entiendo -dije desconcertado-; dijiste que eran tuyos. De hecho, cuando te conocí, ese parentesco hacia ti les di al transcribirlo en el libro que estoy escribiendo.

-Puede que yo dijera que son míos, eso lo hago a menudo, para evitar

que se entrometa la gente -nos aclaró.

Se oyó un ruido de llave girando la cerradura; era Miquel que volvía de tirar la basura. Ocupó una silla para incorporarse en nuestra conversación. Todos lo mirábamos y nadie sabía qué pensar de él; habíamos callado. Entonces Miquel nos miró, uno a uno, y por su expresión vacía, hubiese jurado yo que tampoco él sabía qué pensar de nosotros. No hubo un silencio incómodo, sólo era un silencio.

El asunto de los cambios en la imagen de Crispina quedó en el aire, con cosas por conocer, porque justo ahí, en ese instante, una acción múltiple y coordinada hizo que nuestros cuerpos se incorporasen de donde estaban sentados y caminaran hacia fuera, hacia la salida de casa.

23

Era una mañana insípida y hacíamos cola ante la puerta del baño. Se escuchaban sonidos que se repetían por sistema, monotemáticos y fáciles de descifrar. Se oyó la cadena del váter y Miquel salió de allí, muy tímido y pacato él, con un libro bajo el brazo, arrastrando tras de sí un perfume que nos hizo, a Paloma, a Crispina y a mí, ir a la ventana y abrirla para observar el tiempo que hacía.

Acabamos temprano los asuntos, de buena mañana; y nos íbamos, sí, nos íbamos a ver si podíamos resolver la cuestión del trabajo en la discoteca. Resulta que Crispina había tomado prestado un pequeño monovolumen de casa de sus padres, que, según nos decía mientras bajábamos a buscarlo, residían en Pedralbes. O sea, Crispina era en realidad una pija que se había camuflado entre la gente más llana haciéndose pasar por componente de una de esas tribus urbanas que abundan entre personas jóvenes. Montamos en él los cuatro, Crispina al volante, yo de copiloto y mi hermana y Miquel en los asientos de atrás. Arrancó el coche y al poco nos metimos en la Gran Vía. Empezamos a dar vueltas y más vueltas, a menudo detenidos por pequeñas retenciones de vehículos. Salimos de un atasco y nos metimos en otro, y allí detenidos escuchábamos música y no hablábamos. Crispina nos metió por una calle secundaria y fuimos hacia la zona de la Sagrada Familia. Y entonces lo vi, vi a alguien al que cuatro individuos estaban apaleando. Asomó de entre ellos su careto ensangrentado y me pareció que era Manuel. Le dije a Crispina que se parara, lo hizo bruscamente y los vehículos de atrás nos pitaron con estridencia y mala

hostia. Sin hacer caso a nada, abrí la puerta y bajé a la calzada. Me di cuenta de que Crispina adelantaba un poco y luego maniobraba para estacionar donde no molestase al tránsito de vehículos. Había mucha gente caminando por la acera donde ocurrían los hechos, pero se limitaban a mirar al grupo que conformaban los salvajes que apaleaban y su víctima, y pasaban de largo.

-¡Oigan! -grité.

Uno de los individuos se giró al oírme, aunque seguía aporreando a quien estaba en el suelo, que suponía yo era Manuel. Se detuvo y volvió a mirarme; entonces avisó a los otros y todos los agresores fijaron la vista en mí, dejando de golpear. En ese momento pude ver bien a quien estaba en el suelo, y no era Manuel. La persona esa, más joven que nuestro amigo, bastante más joven que Manuel, aprovechó que lo dejaban en paz unos segundos, e incorporándose con mucha rapidez, escapó corriendo.

Con mi intervención, yo había arreglado los severos problemas de alguien... a cambio de transferirlos a mí mismo, porque aquellos cuatro matones venían a por mí. Tomé cartas en el asunto, me refiero a que salí por patas y en un momento llegué al coche de Crispina, que había estacionado en doble fila; abrí la puerta, digamos que con truculencia, y Crispina, que se había dado cuenta de la situación, arrancó y enseguida los dejamos atrás. A escasos metros tuvimos que detenernos en un semáforo en rojo, pero los individuos habían desistido de su intento y no nos perseguían, seguramente porque vieron que yo no estaba solo y porque quizás tampoco les interesaba liarla en medio de la vía, pues entorpecerían el tránsito y los otros conductores se indispondrían contra ellos.

Llegamos a la nave donde estaba ubicada la discoteca. Durante el trayecto habíamos hablado del personaje casi idéntico a Manuel. Podía ser su hermano, pensamos todos. Al llegar, nos bajamos del monovolumen y acudimos a la oficina. En ella estaba el tipo de la ocasión anterior, el que nos dio los veinte euros; pero ahora parecía hacernos más caso que aquel día. Miraba con insistencia a mi hermana y a Crispina, aunque hablábamos Miquel y yo. Extrajo unos papeles de un cajón de su mesa, y poniéndose una gafas, los leyó. Quedamos en silencio, pues nos esperamos a que levantase la vista de los documentos. Los sacudió en su mano y volvió a guardarlos donde habían estado.

-Bien -dijo-. Hay aquí una recomendación por parte de las instituciones. En realidad yo la conocía desde hace tiempo; pero cuando vinieron a verme la primera vez, ofrecían un aspecto tan lastimoso que me hizo desestimarles, a ustedes y a la recomendación. Ahora tienen una apariencia externa un poco mejorada respecto a aquel día. Pero tampoco les ofreceré empleo -nos miraba a Miquel y a mí mientras hablaba-. En cambio con las señoritas todo es distinto: son jóvenes y guapas; y a la morena -se refería a mi hermana- se le puede buscar mejor ropa que la que lleva puesta.

-Yo no busco trabajo -dijo Crispina. El hombre le prestó entonces más atención, y la miró con una fijeza casi insultante.

-Aquí puedes ganar buen dinero, guapa.

-Buen dinero, ¿cómo?

-Bailando. Sólo necesitas mover bien el culo.

-Es usted un poco impertinente -se enfadó Crispina.

-Lo que tú llamas impertinencia, para mí es sobresalir del resto y

acomodarme en la vida. Me ha ido muy bien siendo como soy.

Paloma, Miquel y yo callábamos ante ese fuego cruzado de palabras.

-Pues mira -lo tutetó ahora Crispina-, hoy te va a fallar ese proceder, porque nos vamos.

El tipo se sofocó, no lo pudo disimular. Las palabras de Crispina eran sencillas y poco agresivas, pero para él sí lo eran mucho esto último. El hombre aquel estaba acostumbrado a hacer a su antojo, a que nadie le replicase.

-¡No, no os vais! ¡Os echo yo! ¡Venga, largo de aquí! Y suerte tenéis de que no informaré de esto a los Servicios Sociales.

Esa grosería chulesca se la podía permitir ante individuos como nosotros, quienes nadie éramos para él. Pero nos iba bien el resultado, porque a ninguno de los que allí estábamos (salvo Crispina, que sólo se ofreció a traernos) le hacía gracia la perspectiva de agotar lo que nos quedaba de juventud metidos de noche en un tugurio en el que al fin y al cabo sólo podíamos empeorar e ir aún más cuesta abajo, aunque pudiésemos manejar algún dinero.

Salimos, y las miradas echaban fuego, y el fuego parecía reír, y el coche allí solo, en un terreno estéril, como nuestros pasos y los golpes de las puertas del coche al cerrarse, y más allá la ciudad que trunca al bosque y se derrama en los fastos de la ignorancia y el sufrimiento.

24

La tarde estaba revoltosa y Crispina aún más. Nos dijo cosas que afectaban en el ánimo, en el amor propio, como que había decidido cambiar su antigua imagen por la actual, más acorde con las preferencias de sus familiares, porque, según ella, le habíamos abierto los ojos; que al vernos tan mal, y el verse ella a sí misma reflejada como uno más de nosotros, le había hecho darse cuenta de que el camino que estaba tomando en esta vida no le resultaba beneficioso; que la imagen es lo que proyectas a los demás de ti mismo, que si vas vestido como un perdido, la gente te toma por un perdido aunque no lo seas. Yo no comprendía que esto le resultase evidente ahora y no antes de conocernos, pero bien es cierto que siempre hay una situación en un determinado momento que, por lo que sea, te hace ver las cosas de un modo distinto. Y ese momento y esa situación para ella fueron el toparse con unos individuos a quienes, quizás con cierto desagrado por su parte, se les parecía demasiado.

Nos dio un rapapolvo tremendo cuya consigna era que debíamos cambiar, que se podía, que ya la veíamos a ella cómo estaba ahora. A nosotros nos parecía bien lo que decía, pese a sentirnos tocados en el amor propio, y sabíamos que no le faltaba razón; pero dejando aparte el hecho de que había dejado de beber, que eso lo podemos hacer todos, a ninguno se nos escapaba ahora que Crispina tenía unos medios económicos de los que nosotros carecíamos. No teníamos a papi ni a mami a nuestro lado para pasarnos unos dinerillos si nos hacían falta. El caso es que acabamos un poco de morros contra ella, porque lo que al principio fue una reprimenda,

acabó en una discusión muy fuerte.

En fin, no quiero extenderme más, y acabo esto comentando lo que nos propuso Crispina. Algo que en realidad era un ultimátum, no una propuesta: o cambiábamos, o ya nos podíamos marchar de su casa.

Después de esto, ella volvió a casa de sus padres. Permanecería allí un par de días, nos dijo. Era el tiempo que nos daba para que meditásemos. En caso de no haber consenso y en consecuencia no aprobar su postura, debíamos reunir los pocos enseres que teníamos y marcharnos de su hogar.

25

Era mi última visita a un bar. Yo había decidido cambiar ciertos hábitos en mi vida, y no estaba dispuesto a ceder en el intento. Paloma se sentía contenta y me animaba a ello; Miquel meditaba, inseguro, y quizás añoraba a un Joan más despreocupado y de costumbres disipadas.

Allí, en aquel bar, jugaban a las cartas, apostando dinero. Y era extraño, porque la sensación de reprimir esfuerzos fluía como una avalancha. Y lo extraño, dentro de esa extrañeza, era que no teníamos claro qué esfuerzos se intentaban reprimir. Todos los jugadores fumaban pese a que estaba prohibido. Nosotros nos pusimos de mirones allí, de pie y en mano el vaso de la consumición. No tardaron en echarnos; no a patadas como estábamos acostumbrados, pero sí mediante voces imperativas; que no querían mirones, decían. Volvimos a nuestra mesa pero ya la habían ocupado dos chicos que dormían, con sus cabezas giradas de lado y las mejillas apoyadas en la formica de la mesa. Íbamos a irnos, mucho ruido, y de repente se elevaron los tonos de voz formando un barullo. Nos giramos. Era donde los jugadores; uno de ellos acusaba a otro de hacer trampas. Sería verdad, ganaba mucho, su lado de la mesa estaba lleno de monedas y billetes. El acusado decía a gritos que no, que era todo falso; el otro lo sujetaba por la pechera. El resto de jugadores intentaba intermediar, pero ninguno de ellos tenía claro con cuál de los dos contendientes posicionarse. De repente la realidad fue prendida por los remolinos de la furia, sin saber por qué, pero todo empezó a volar: el dinero volaba, las sillas volaban, los clientes volaban para ir a hacer corrillo. Y he ahí que eso cesó: un silencio

brusco y cartas en una mano alzada. El acusado de hacer trampas aprovechó el desconcierto que se produjo, el hecho de que todos mirasen esos naipes que lo acusaban, y salió corriendo, a tiempo para no ser apaleado. Al poco, se volvió a la normalidad, salvo que la actividad ludoeconómica de aquella mesa había quedado suspendida. Se charlaba sobre el tema, allí, en la barra y en las mesas adyacentes; se decía que un tramposo es lo peor con que te puedes encontrar, y se decía que era una lástima que ese tipejo hubiera escapado, porque necesitaba una buena lección.

Paloma y Miquel estaban integrados en la conversación, cruzando opiniones con los grupos de personas. Pero yo no decía nada, me mantenía callado y pensativo, muy pensativo, porque mi mente maquinaba otra teoría dentro del espectro de esa filosofía barata a la que tan dado soy. Pensaba en la homeostasis, o sea, en la capacidad del individuo para adaptarse a su entorno. El mentiroso y el tramposo, me parecía, allí en ese bar, razonando yo, que revierten ese concepto: ellos adaptan el entorno a sí mismos mediante sus triquiñuelas; maniobran, con esas armas (mentira y trampa), según sus conveniencias, y acaban produciendo giros en los hechos, en el destino. El tramposo apuesta con unas cartas perdedoras, pero cambia como mínimo una para que su juego sea más potente; con ello, ha burlado al destino, a lo que había programado la causalidad, y consigue su objetivo, que es el ganar. De este modo el tramposo sobrepasa a la maquinaria del determinismo; y no sólo sobrevive a ella, sino que se le impone. En realidad con esto vengo a decir que, para andar por la vida, el mentiroso y el tramposo están mejor dotados que el hombre honesto. Hay después otro punto que tratar: cuando el hacer trampas y el mentir se convierten en algo

sistemático. En este caso se da la circunstancia de que se han impuesto la trampa y la mentira a la realidad, pasando, al poco, a ésta, y luego a ser ella, la realidad propiamente dicha, debido a un proceso de continuidad: por hábito, las cosas ya se plasman siempre así y no de otra manera, por lo cual lo extraño sería que el tramposo y el mentiroso o la persona que es ambas cosas, no hicieran uso de sus trucos y mentiras. En el fondo son capacidades adaptativas que desembarcan en la realidad para quedarse en ella, y así cambiarla y a la vez ser la realidad en sí.

De este modo, llegué a la conclusión de que las cosas en esta vida son una invención, una trampa, una mentira. Incluso nosotros mismos somos todo eso.

26

Marchamos del bar hacia finales de mayo, cuando el bailar, que Manuel no es, intensifica su querencia.

Yo ya lo dije; se lo dije a ellos; que no, que no volvía a esos lugares. Y me miraban, así, dando respuesta e indiferencia. No he vuelto a tomar alcohol, hasta ahora.

Los dos días de meditación que nos dio Crispina se transformaron en dos meses. Con excusas las cosas se dilatan. Y así fue, en verano nos fuimos. Apenas tenemos enseres, los pocos que hubo se perdieron entre el trasiego continuo de ir de un lugar a otro. Si no recuerdo mal, los últimos paquetes se quedaron donde el todoterreno desapareció. Libros no tenemos, los pedimos prestados a las bibliotecas; quizás nuestra posesión más abultada sea la carpeta donde meto los manuscritos de mi novela.

Y ahora hojeo lo escrito y cuenta me doy, entre el tráfigo de asuntos insustanciales que narro, de que nuestra existencia, por lo menos la aquí contada por mí, casi toda ella es un continuo ir y venir, un no parar en sitio alguno. El carecer de ubicación fija produce que seamos personas inconstantes y gregarias, pues formando grupo sabemos, ni que sea por instinto, que nos hacemos más fuertes y así podemos afrontar con eficacia los contratiempos del mero hecho de vivir.

Echo la vista atrás, y al hacerlo, digresiono. Eran cachorritos y el mío no, alegres, juguetones, dicharacheros, y mi perrito, atado, se acercaba a ellos porque yo se lo permitía. Y los olía mostrando pasión y contento. Y siempre, en años, eso fue así. Unas pocas veces, de mayor, anciano ya,

sostuvo unas cortas galopadas. Iba tras otro perrito. Él se enamoraba de todo, de las cosas y de los animales. Siempre, siempre conmigo, siempre enamorado.

Poco antes de marcharnos de la vivienda de Crispina, una mañana me desperté. Pensé que estaba solo, la casa en silencio; a través de la ventana, la aurora traslucía su reposo. Me incorporé de la cama y avancé para bajar la persiana. Quería dormir un poco más, pero me perturbaba aquel silencio. Descalzo y entre claroscuros fui al cuarto donde dormía Paloma. Mi hermana me miró cuando asomé la cabeza; estaba despierta. Y ambos supimos que lo anómalo se había instalado allí, en el piso de Crispina.

-Hay algo extraño, ¿verdad? -dijo Paloma, el hueco de su respiración con ella.

-No está.

Saltó de la cama y se vistió. Yo aguardaba. Colocó las zapatillas en sus pies y salió del dormitorio. Yo tuve que hacerme a un lado porque me rebasaba. Se internó en el silencio y miraba a su alrededor. Yo observaba su proceder y no pensaba, como si el mundo se desenvolviese a mi costado.

-Tus libretas... -dijo.

Comprendí algo, y era el no estar...

En ese instante me di cuenta de que la pila de libretas que uso para escribir mi libro no se encontraba donde la puse la noche anterior. Pero la observación la había hecho Paloma, y yo ignoraba por qué, ya que ella no hacía seguimiento de mi obra y por tanto ni siquiera se fijaba en dónde guardaba yo las libretas. Sin embargo en seguida se había dado cuenta del cambio; aunque es mejor decir “ausencia”, ya que, aparentemente, las

libretas no estaban en la casa.

Y Miquel tampoco estaba. El presupuesto más lógico y sencillo de barajar era el de que se hubiese marchado con mis textos; sin embargo mi intuición me decía que eso no era lo ocurrido.

Paloma, en la penumbra, abrió a lo ancho los brazos e hizo como que volaba. Daba vueltas por el comedor y emitía por la boca un sonido de avioneta. Acabó con un “riaummm, pop pop pop pop...”, y desapareció. Yo no tenía claro si es que se había agachado y escondido detrás de la mesa, o es que por lo que fuese, de repente había dejado de existir. Me asomé y no la vi y eso me inquietó. De poco no me da un infarto del susto cuando sentí que unos brazos hacían anillo alrededor de los míos y de mi cuerpo.

-¿Quién soy? -dijo una voz femenina a mis espaldas.

-¿Paloma? -No era su voz. Los brazos me soltaron y la persona desconocida entró en mi campo visual, al ponerse frente a mí. Era Paloma.

-¿Cómo lo has hecho? -pregunté.

-Rodeando la mesa a gatas. Y silenciosa; muy silenciosa.

Sonreía su rostro al mío.

-¿Crees que Miquel se ha ido con mis libretas?

-Ni idea -comentó.

-Si eso fuese así, Miquel volverá en otro instante.

-¿Pero y esto?

-Esto sucede, es.

Se dio cuenta de lo que yo insinuaba.

Volvimos nuestras cabezas hacia la puerta de la calle cuando oímos que se abría. Entró Miquel y lo miramos. Paloma se dirigió a él para

recibirlo y yo en cambio me alejé de ellos y acudí al lugar de la casa donde la noche anterior había guardado las libretas. Se encontraban allí.

Verano de ignoro el año.

Todo acabó mal con Crispina. Sin duda había un motivo para que eso sucediese, y es que nos echó de su casa. Como ya he narrado, la cosa se fue dilatando y tardamos un par de meses en irnos definitivamente. Pero nos fuimos, y tanto que nos fuimos: sin vuelta atrás.

Aquel día, el de la marcha del piso de Crispina, estuvimos unas horas deambulando por la ciudad hasta que se nos hizo de noche. Acabamos nuestro recorrido en mitad de un callejón siniestro. En aquel lugar todo era trasiego y malvivir. Olía mal: muchos indigentes y poca ventilación.

Estábamos allí, engrosando las filas de la humanidad desechada, cuando pasó un coche patrulla con las luces encendidas, sin sirenas. Nos obligaron a identificarnos. Nosotros éramos nuevos en ese mundo -añicos y soterramiento-, y aún portábamos documentación que era válida, pero allí había muchas personas que no la tenían. Llegaron furgones y se llevaron a los que carecían de papeles. A Miquel y a mí estuvieron a punto de detenernos porque nos quedaba pendiente una posible multa debida a una reyerta que mantuvimos él y yo en un bar. Al final nos dejaron en paz pero nos aconsejaron que marcháramos de allí, porque si volvían a vernos, nos detendrían. Y lo hicimos al cabo de pocos días. Venga deambular, y ningún lugar estable. En semejantes circunstancias, yo no hallaba un sitio seguro donde guardar mis libretas. Pero lo peor para este libro que se gestaba a trompicones no era eso: lo peor era que yo, por aquellos días, ya no tenía ganas de escribir, y que si me ponía de vez en cuando a hacerlo, era por pura

inercia. Mi desidia y mi desgana en tales aspectos eran tan fuertes que ya no sabía ni qué contar, pues todo me resultaba demasiado triste y deprimente, y embarullado en la mente.

Tripas lanzadas al corazón fustigado, y Paloma necesitaba lavarse, decía allí donde la noche. No se metieron con ella aquellos harapos sociales debido a que la veían acompañada por dos hombres. Cogimos las cosas, muy pocas, casi ninguna, entre estertores de fiebre, de malvivir a la intemperie. Y cuando acabara el verano, ¿qué sería de nosotros sin el reguardo del calor de los días?

Nos fuimos.

El tren se balanceaba, *tracatrá* y chirrido ocasional de frenos clavado al oído, sonido de metal. Habíamos podido colarnos pasando de dos en dos, con otros pasajeros que tenían tarjeta, y gestando un disimulo a los ojos de los de seguridad, que la vista giraban entonces.

Sudaba la tinta amarillo limón, enponzoñada en lo alto, instigando a nuestros sentidos hacia la irrealidad. Y se detuvo el tren, y nos sacudimos los rostros, pero el sitio no era, faltaba una parada. Luego, al llegar, bajamos sin que nadie nos viera.

Anduvimos Rambla arriba. El hombre del perrito nos contemplaba y nosotros a él; el trozo sin factores de consistencia era recíproco.

Anduvimos Rambla abajo. Preguntamos a personas y al cabo de mucho tiempo, sí, pudimos salir de la Rambla de la ciudad y llegamos a las afueras.

Localizamos el cerro y, al final, ya Paloma no quería, se resistía a seguir. Nos detuvimos por ella. Las cigarras y el calor aplastaban el paisaje

con su monotonía. Rielaba el mundo sin brisa, como de plata y aturridor, y allí parados, en una rotonda al final de la cuesta, mirábamos carretera abajo, y parecía, a lo lejos, que la calzada estaba mojada, como nuestros poros ante el espejismo.

29

Exploramos el lugar. Avistamos cuevas a lo largo de una riera seca, en las paredes de roca del cauce. Algunas de ellas estaban habitadas por yonkis, quienes optaban por acondicionar en lo posible las cuevas y vivir en ellas debido a que aquel lugar no se hallaba lejos de donde se abastecían de lo suyo.

Esos vecinos potenciales eran peligrosos, ya que, como todos sabemos, un yonki, si tiene el mono, pierde el control de sí mismo. La situación, por lo tanto, no estaba nada clara, y fue Paloma la primera en resaltar lo arriesgado que podía resultar el establecernos allí. Miquel y yo le dimos la razón al tiempo que observábamos que se nos hacía tarde y aún no habíamos encontrado sitio donde pernoctar.

Nos alejamos de la riera y fuimos a parar a una cantera abandonada. El sol se estaba poniendo, y el crepúsculo, unido al ruido de los coches al pasar por una cercana autopista, con ese siseo perezoso, aletargado y alargado que producen cuando circulan por ellas, hacían que nos embargase una sensación como de no estar viviendo una realidad completa, sino fragmentos de un sueño que no era nuestro.

Atravesamos unos arbustos que pretendían pegarse a nuestras ropas y fuimos a parar a una pequeña zona yerma. Al fondo, casi tapado a la vista por piedras, había un espacio que se incrustaba bajo la pared que formaba la cantera. La noche comenzaba a cerrarse y había pocas opciones de encontrar un lugar mejor donde pasar las horas que nos separaban de la mañana siguiente. Pero no teníamos mantas ni sacos de dormir, sólo llevábamos con

nosotros mis inseparables libretas, agua y un poco de embutido y queso para cenar.

-No nos dará tiempo de volver a la ciudad -dijo Miquel.

-En seguida será de noche -explicó mi hermana sin necesidad de hacerlo, pues era algo obvio.

-Ahí detrás, en el hueco ese que se mete hacia la pared, podemos hacer una piña entre los tres y dormir unas horas -dije.

La perspectiva no era agradable, pero ya poca cosa más podíamos hacer, la ciudad nos cogía lejos y no parecía prudente caminar en medio del bosque siendo de noche. Nos agrupamos alrededor de un tocón de pino que sirvió de mesa y comimos de lo que había, que era poca cosa. Al acabar la cena, bebimos de la botella de agua, por turnos y a gollete, y le dimos fin. Nos acostamos apiñados, refugiándonos en nuestros propios cuerpos y en los de los demás. Se hizo una oscuridad llena de susurros. Sabíamos que alguna manada de jabalíes podía toparse con nosotros, lo cual era muy peligroso ya que son animales fuertes y agresivos. Pero la verdad es que si huelen a seres humanos, lo que suelen hacer es marcharse por donde han venido, así que no teníamos miedo, sólo respeto ante una incertidumbre.

Pasamos una de las peores noches de nuestras vidas, con frío pese a ser verano, escuchando gruñidos lejanos de jabalíes que nos mantuvieron mucho tiempo en alerta; y sobre todo, lo que volvió nefastas esas horas fue el que Paloma se sintiese indispuesta al principio, y luego manifiestamente enferma. No supimos Miquel y yo qué hacer para mitigar su mal hasta que nos amaneció. Entonces yo los dejé ahí, y dolorido de pasar tanto rato estirado en el suelo y medio sonámbulo por apenas haber dormido, tomé por

el sendero terroso que nos había llevado a la cantera hasta que topé con la carretera. Desde ésta, caminando cuesta arriba, vi no muy lejos un edificio sin recubrir, de fachada de cemento, y me dirigí a él. Era un pequeño parque de bomberos. Me asomé por la parte externa de la valla que lo rodeaba y vi a un muchacho que lloraba. Lo llamé y alzó la cabeza, se enjugó las lágrimas con las manos y se dirigió hacia la verja que daba entrada y salida a los vehículos, en la cual yo estaba parado por su parte externa.

-¿Qué desea? -dijo cuando llegó a mí. Y rompió a llorar. Yo no entendía la situación, el motivo de sus llantos, y eso aún me desconcertaba más que su propia pena; pero sí tenía claro que mi hermana estaba enferma y necesitaba ser trasladada a un ambulatorio o, todavía mejor si era posible, a un hospital.

-Necesito llamar a urgencias. Hay una persona que está enferma -dije.

-Sí... Claro..., por supuesto – Y sacó del bolsillo de atrás del pantalón corto que llevaba puesto un teléfono móvil que me pasó a través de la verja.

-¿Sabe usted el número? -dije-. Nunca he llamado a un sitio de esos.

Me lo dijo, y de nuevo se puso a llorar, con fuerza. Sollozaba de un modo muy lastimoso.

La verdad es que esa actitud estúpida e incomprensible ya empezaba a hastiarme. Quizás se sintió tocado por un sentimiento de vergüenza, porque se alejó de mí unos metros para continuar con lo suyo a la vez que sacaba unos clínex y se sonaba la nariz ruidosamente. Yo mientras tanto aguardaba a que me contestaran desde el otro lado del teléfono. Al poco se puso un señor que, una vez puesto al corriente, me dijo que irían a buscar a

Paloma. Cuando acabé de hablar le devolví el teléfono al muchacho y le di las gracias en tanto él afirmaba con la cabeza y lloriqueaba.

Volví sobre mis pasos, sin querer verlo más, bastante asqueado por su lamentable disposición anímica.

De Paloma, su mal ahí seguía; Miquel contemplaba mi regresar. Llegué y me senté. Les dije que debíamos aproximarnos a la carretera, y eso hicimos. Una vez allí, fuera de la vía pero cerca de su cuneta, nos quedamos esperando a una ambulancia que sin duda vendría para llevarse a mi hermana a un hospital.

El sol había corrido en el firmamento y nos daba en la cara, así que buscamos un sitio sombreado pero no alejado de la carretera. El estado de Paloma no había cambiado, no se encontraba ni mejor ni peor que cuando había ido yo a buscar auxilio.

Transcurrió un extenso período de tiempo en el que ningún vehículo pasó por la calzada, parecía que el mundo se hubiese descompuesto, y en ese desaparecer se contemplara a sí mismo.

Cuando empezaba a pensar que no había sido exacto dando los datos de nuestra ubicación o que quizás quien se puso al otro lado del teléfono no me entendió correctamente, vi que, tomando la curva de una rotonda situada no lejos de nosotros, se aproximaba una ambulancia. Al vernos sus ocupantes, la detuvieron en el arcén.

Se llevaron a Paloma y Miquel fue de acompañante. Yo no pude ir con ellos porque sólo admitían a una persona, además del enfermo. El hecho de que fuese Miquel quien marchase y no yo, que era el hermano de ella, se debe a que no quise discutir con Miquel, pues se puso muy pesado en querer

hacerlo él. Así que cedí y me quedé solo allí, en medio de unos campos próximos a una ciudad que apenas conocía.

Estuve mucho rato caminando. Bien entrado en la zona peatonal de la villa, sentí hambre, y hacía rato que tenía ganas de realizar mis más básicas necesidades. Yo iba muy sucio, eran ya varios días sin haberme duchado. La gente me miraba, ya me había mirado desde el principio de haber pisado aquel área. Yo no sabía qué hacer ni dónde meterme; no llevaba nada encima salvo la ropa y, en una mano, el paquete de libretas dentro de una bolsa de plástico. Detuve a un peatón con un gesto algo imperioso y le pregunté qué calles tomar para ir al hospital de San Lorenzo (a grandes rasgos, la ciudad de Gavà la conozco, ya comenté que he vivido años en El Prat de Llobregat, población próxima a donde yo me hallaba en ese momento). El hombre me miró indeciso, seguramente desconfiaba de mí por mi apariencia de vagabundo. Me lo quedé mirando a los ojos un instante, y me vi a mí mismo desde afuera, y entonces supe que yo era lo que representaba, que no hacía falta tener una imagen tan descabalada, sino que la realidad plasmaba a la realidad y yo no era otra cosa que un indigente.

-No se preocupe, ya me las apañaré para encontrarlo -le dije antes de que me indicara algo. Y me fui.

30

No estaban allí. No estaban en parte alguna. Jamás habían existido, sólo fueron réplicas de mi querencia. Y ahora era yo quien enfermaba por estratos sumergidos durante muchos meses e incluso años; como maleados si extraño metal fuesen, derivaban en una inquietud que me resultaba familiar, en el proceso de ir surgiendo y concretar aquello que se había contenido a fuerza de voluntad. Y no era otra cosa que ansiedad, un síndrome traidor y malo que somete a los nervios. Pero a veces lo peor no es tanto lo que afecta al ánimo y a nuestras sensaciones mentales, sino a aquello que aflora en lo somático, como por ejemplo un proceso asmático, o flojedad del corazón, o un eccema, y que no sabemos ver que se debe a una inestabilidad psíquica y emocional.

Me encontraba mal y no era ya consciente de nada, porque me recogieron del suelo (lo supe más tarde), allí, en el pasillo de un hospital en el que la razón no tenía amigos, ni tampoco las palabras, ni tampoco yo; ni enemigos, ni seres vueltos al cuidado: en algún lugar estaba y no desperté.

Inercia seguía entre breves intervalos. Luego el estar consciente fue más duradero que el dormir. Y abría los ojos y veía una habitación, supongo. Olía a limpio, y resbalaba una dulzura inefable hacia sensaciones que me abrazaban. La habitación era solitaria, aparte de habitarla yo mismo, pero había otras camas que no tardarían en ser ocupadas. Me di cuenta de que me estaba recuperando de agotamiento y de una deficiente alimentación muy prolongada en el tiempo.

Y ahora que estas palabras expongo, me interrogo y a la vez queda

claro que lo descrito hasta este momento, en este mismo capítulo, no es otra cosa que sensaciones que incluso a veces carecen de voz propia, y entonces a todo hay que darle un giro con el propósito de verterlo a algo que sea mínimamente inteligible, y así, cuando la comprensión haya abierto un pequeño resquicio, el niño que somos o que hay en nosotros balbuceará y estirará la mano para coger lo que se le pretende dar. Una vez eso en sus manos, si narrativa no es, lo tirará al suelo con brusquedad y violencia. Porque narrar, en sí narrar, es muy sencillo, pero hay otras vertientes en el discurrir de las palabras que, si no nos hemos desarrollado bien, o sea, somos pequeños y, por ello, lejano y distorsionado vemos el mensaje, nada nos empujará a aceptarlo, y la más bella de las plasmaciones morirá casi antes de haber surgido. Restan rincones en penumbra, para siempre.

Siento sed, mi boca seca; muevo el brazo cubierto de un esparadrapo que tapa la aguja del gotero. Desnudo bajo una bata casi de papel abierta por detrás, y limpio, sobre todo limpio pero con barba, y yo no me di cuenta. Me encuentro bien pero con la tensión alta, supongo, porque un rumor zumbón abarca mi cráneo.

Esas personas, vienen, van, susurran entre ellas y toman notas. Vuelven a irse, de nuevo. No les digo nada, sólo las observo desde mi horizontalidad, y desaparecen antes que las batas blancas e impolutas que visten.

Tengo tiempo para realizar cualquier cosa, siempre que eso no implique esfuerzos ni pensamientos demasiado elaborados. Y me vienen recuerdos, como el de la novia que tuve durante unos pocos meses, hace años ya. Mi mente, espesa, gesta una emoción recurrente en mí, y es que

siempre me ha parecido que mi vida es como prestada, y desde ella, nunca mía, contemplo a los demás. Porque yo, lo que es vivir, no vivo, quiero decir: nunca he sentido que mi vida fuese mía. Los seres humanos, en su juventud, tienen noviazgos, y yo también los tuve, pero jamás, en esos cortos intervalos de emparejamiento míos, fui más allá de unos simples tocamientos. No soy virgen porque con alguna mujer que se ofrece por dinero sí he estado, pero casi lo soy; mi vida sexual se ha basado sobre todo en el onanismo.

Hablaba de una de las novias que tuve, y me gustaría decir que la culpa de lo breve de nuestra relación fue de ella, pero mentiría. Era una chica recatada, ingenua y sociable; no como yo. Gustaba de vestir bien y de tomar por las tardes un refresco en la terraza de algún bar. Luego íbamos a su casa para reunirnos con sus padres y un hermano un poco mayor que ella, también sin emancipar. Allí hacíamos vida de hogar, todo era ver televisión y comer pipas mientras tanto. Cuando teníamos la boca libre y los labios aún no demasiado inflamados y resecos por la sal de las cáscaras, soltábamos algún que otro comentario absolutamente intrascendente pero que intentaba ser gracioso. No fue una mala vida la de aquella temporada. Todo aquel buen sabor de una desidia escogida, como si fluyéramos en un estancamiento que propiciaba placer, se fue deteriorando por mi culpa, porque yo era entonces idealista y estúpido, en cuanto al relacionarse con chicas se refiere. Ella era mujer, anhelaba ser amada carnalmente, al tiempo que yo creía que no debía pedirle sexo porque estábamos en un momento muy temprano de nuestro noviazgo. Estaba convencido de que me encontraría ante un contundente y ofendido rechazo si le insinuaba de irnos

a la cama. Tonto de mí, me doy cuenta de que a las mujeres las llegaré a conocer cuando mi vigor sexual decline tanto, que volvería a encontrarme con nuevos problemas, como sería el no poder darles lo que ellas quieren.

Aquella relación no podía durar y así fue. Ella fue a la búsqueda de un macho que le diera lo que necesitaba y yo volví a como antes de conocerla, paseando a mi perro con más ganas que nunca. Por lo menos él, mi perro, me comprendía, y yo a él, y nuestra mutua paciencia era infinita, casi tan fuerte como el amor que nos profesábamos.

31

Salí del jardín a la rotonda, al fondo a mi izquierda había una gasolinera. Estuve ingresado tres semanas y me había recuperado; gané peso y compañeros de habitación, que se fueron sucediendo e intercambiando mientras yo permanecía allí. Como casos particulares, uno por uno, no fueron graves mis achaques, pero en conjunto se encargaron de dinamitarme la salud: fiebre, desnutrición, falta de higiene, agotamiento y otras cosas relacionadas con el malvivir. Seguramente, lo que más repercutió en mí fue una ansiedad permanente generada por las incertidumbres que se habían ido acumulando a lo largo de mi vida.

Nadie vino a visitarme. Me detenía en los pasos de cebra, miraba, y los cruzaba en mi vagar, sin rumbo, sin definir a dónde iba. O quizás sí sabía mi inmediato destino: la estación de tren, pero eso lo incubaba mi mente con imprecisión, ya que igual podía coger un tren, como igual no lo cogía. Pero decía que nadie vino a visitarme durante mi estancia en San Lorenzo, y eso tenía un significado muy concreto: el contacto con mi hermana y con Miquel se había perdido. En el momento de separarnos, justo poco antes de que yo cayese enfermo, ellos a su vez se dirigían en ambulancia a un hospital que no era el mismo al que yo fui a parar. Dentro de mis escasos planes de futuro, el más importante era el volverme a encontrar con ellos, ir a buscarlos.

No eran murmullos, eran ruidos molestos producidos por un correoso tránsito de vehículos. Me detuve en una zona de aparcamientos y me giré para mirar hacia atrás. Allí quedaban el hospital y el dolor; a ambos

podía verlos. Y las palomas, en vuelo rasante, aterrizaron con ligereza, a pasitos rápidos; entonces picoteaban todo aquello que les parecía comestible, en grupo y sin asustarse de la presencia humana.

No sabría durante tiempo, en aquel final de verano en el que mis ilusiones se agostaron como hierba a la que la lluvia no la regalase, si encontraría a mis compañeros. Sin dinero en una ciudad extraña, recién dado de alta de un hospital, aún débil, me veía sacudido por una destemplanza pródiga en sentimientos de añoranza y abandono; abandono hacia mí mismo, abandono por el hecho de no saber cómo hallar, al menos de momento, a los seres que yo estimaba.

Los coches, siempre haciendo ruido, y yo allí en mi propia deriva estática, detenido y contemplando los edificios, oscuros y feos, casi rascacielos. Me volví noventa grados y caminé hacia un lugar donde había gente esperando en una cola. Llegué a donde ellos y vi que había una placa metálica adosada en la pared que indicaba que allí trabajaba un quiromasajista. Los pacientes estaban en la calle, la mayoría apelotonados ante la puerta. Una mujer bajita y morena de mediana edad, que también esperaba en la cola, me miró y acto seguido hizo señas para que me acercara a ella; pero en seguida se arrepintió de ese ademán y fue ella quien se adelantó hacia mí, separándose del resto. Cuando estuvimos juntos, yo la miraba interrogante mientras ella buscaba algo en su bolso. Sacó un monedero, lo abrió, extrajo dos billetes de veinte euros y me los entregó. Yo dudé un instante antes de cogerlos.

-Son de parte de mi marido -dijo.

-No sé qué decir... Gracias.

Las personas de la cola se habían dado cuenta de nuestros gestos y susurraron entre sí, con extrañeza. Anduve con mi inseparable bolsa de plástico que contenía las libretas, y los dejé atrás, cavilando en quién sería su marido y por qué sabía que iba yo a pasar por donde estaba ella, haciéndome además la mujer entrega de un dinero del que su consorte era consciente de que me iba a hacer falta. Poco antes de doblar la esquina y tomar la carretera que llevaba a la estación de tren, sabía yo, sin mirar hacia atrás, que la gente que hacía cola aún me estaba contemplando; entre ellos, también la mujer de aspecto frágil y tan generosa conmigo.

FIN DEL VOLUMEN III